

Relación territorial de Granada y su vega cercana a través del Patrimonio Arquitectónico Contemporáneo

Alberto García Moreno, David Arredondo Garrido, Área de Composición Arquitectónica, ETS Arquitectura Granada

"La historia de un pueblo es inseparable de su paisaje y éste se convierte así en una referencia histórica fundamental, en un signo visible de la identidad colectiva y de los pueblos" (José Ortega y Gasset, *Notas de andar y ver. Viajes, gentes y paisajes*)

No podemos entender la ciudad de Granada y su historia separada de su situación geográfica, dispuesta a los pies de las estribaciones de Sierra Nevada, en el arranque de la vega del Genil, enclavada entre el discurrir de los ríos Darro y Genil. Su relación con el valle del Darro, con el Cerro del Sol, o con la llanura aluvial del Genil, es la esencia de la propia ciudad, y las relaciones que esta ubicación ha generado a lo largo de la historia trascienden los bordes del casco urbano; Granada sube por sus sierras y baja por sus ríos.

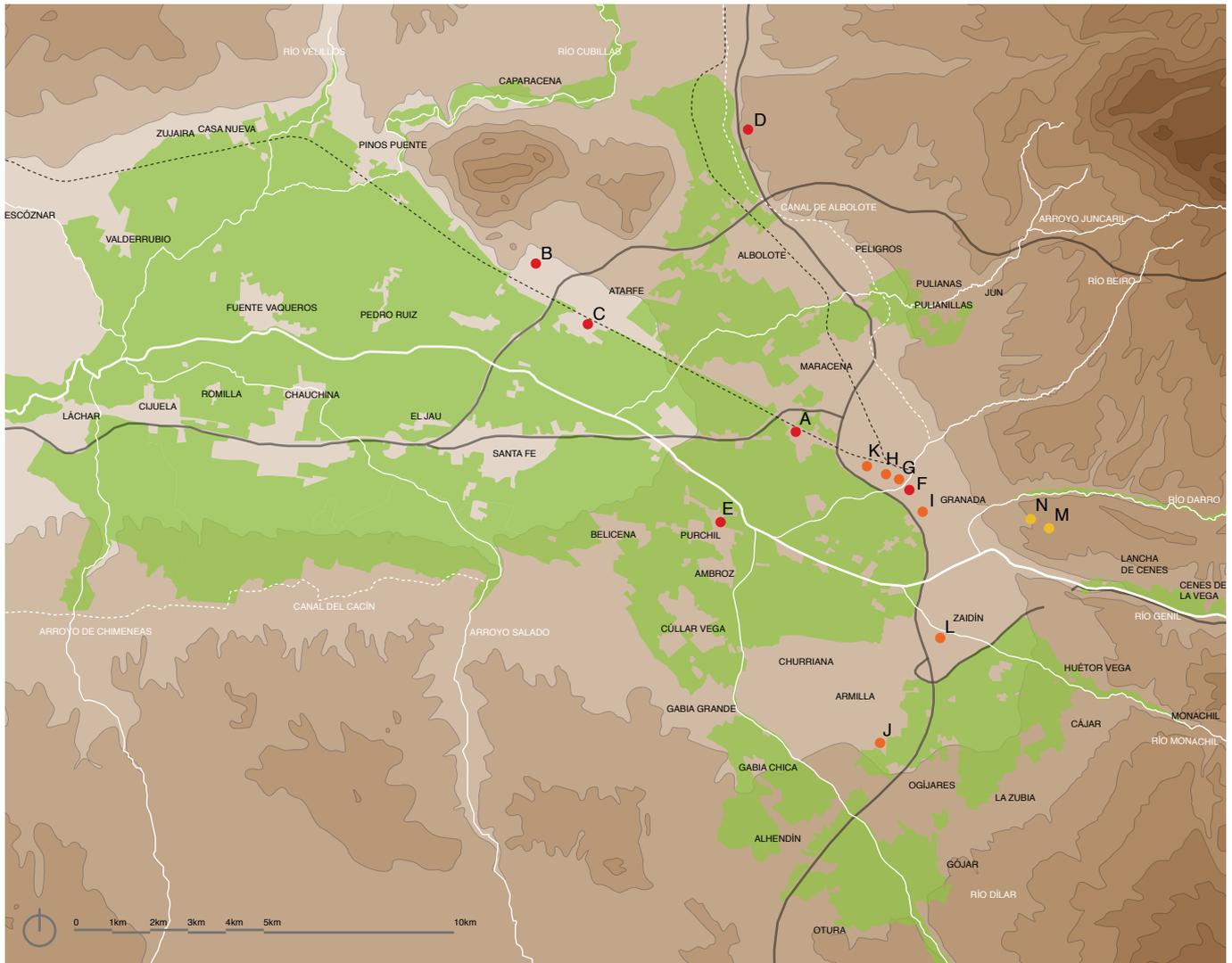
Las relaciones visuales son esenciales en esta ciudad de miradores, donde las colinas se buscan, donde la llanura viene a encontrarse con la montaña o donde el visitante puede dejarse guiar por el río hasta perderse bajo una chopera. La dominación visual del territorio, ya sea por cuestiones defensivas, de control o de placer estético, siempre ha estado presente en las zonas altas de la ciudad. Así, podemos encontrar ejemplos muy interesantes de intervenciones arquitectónicas en las que los arquitectos de la modernidad se situaron en la propia colina de la Alhambra pero se manifestaron silenciosamente, bajando la voz para escuchar tanto su entorno más próximo, como lo que les llega a sus ventanas, paratas y terrazas.

La conexión de Granada con su territorio cercano no ha sido, ni mucho menos, sólo sensorial o perceptiva; es tan física como lo son los caminos que los agricultores recorrían para traer sus productos a los mercados o como lo fueron las puertas de entrada a la ciudad. Esta relación con el tiempo se ha materializado en calles, en plazas; los caminos de entrada a la ciudad se fueron transformando en vías urbanas, tomando el nombre de las ventas, los pagos o las acequias junto a los que discurren. Las acequias se fueron soterrando dando paso a espacios públicos junto a molinos

e ingenios hidráulicos que eran alimentados por la misma energía que hacía crecer la remolacha o la planta de tabaco.

Es precisamente el aprovechamiento agrícola de estos dos cultivos el que más influencia ha tenido en la modificación de la fisonomía del espacio de la vega en el siglo XX. La llegada del ferrocarril a finales del siglo XIX, y el impulso de industriales como López Rubio, permitió la instalación de una industria que generó riqueza y supuso el cénit de la exigua historia industrial granadina. Estas grandes infraestructuras propiciarán una serie de relaciones que marcarían la sociedad del momento. Aprovechando la riqueza natural del terreno y la red de acequias que se mantenía casi intacta desde la época musulmana, generaron un capital que consiguió incluso modificar el escenario urbano granadino a través de la importación, desde el París haussmaniano, de una operación de cirugía urbana que concluyó en la Gran Vía. Así mismo, permitió la instalación de una red de tranvías metropolitanos para transporte de mercancías y de personas, cuyo desmantelamiento se lamenta a día de hoy, en el que la construcción de una versión nueva y reducida de la misma trastorna el día a día de los granadinos. Esta infraestructura ferroviaria no sólo sirvió a las azucareras, sino que se sumaron al impulso industrial de principios de siglo XX otras instalaciones industriales para la fabricación de, entre otros, cementos, abonos o productos textiles. Estas imponentes construcciones fabriles supusieron también la llegada de nuevas tecnologías constructivas puestas al servicio de las necesidades industriales que produjeron magníficos ejemplos de arquitectura de principios de siglo XX.

Será otro de los monopolios de aprovechamiento agrícola, el tabaco, el que generaría uno de los elementos más singulares del paisaje extenso de la vega de Granada. El secadero se puede entender como una síntesis de la arquitectura popular, el aprovechamiento máximo de los mínimos medios: se trata de operaciones de auténtica "alta tecnología" en la que con lo más cercano, cortezas de chopos, balas de paja, ladrillos artesanales o trozos de chapa



- **Aprovechamiento de los recursos territoriales**
 - A Azucarera de San Isidro (1901)
 - B Fábrica de Cementos N. Sra. de los Dolores (1903)
 - C Fábrica de Abonos Carrillo (1920)
 - D Poblado de El Chaparral (1957)
 - E Secadero de tabaco en Purchil (años 70)
 - F Oficinas de la C.A.M.P.S.A. (1932)
- **Centros educativos como solución de borde**
 - G Colegio Mayor del S.E.U. (1958)
 - H Escuela de Maestría Industrial (1962)
 - I Colegio del Regina Mundi (1969)
 - J Instituto de Formación San Martín de Porres (1962)
 - K Instituto Juan XXIII Chana (1964)
 - L Instituto Juan XXIII Zaidín (1964)
- **Dominación visual del Territorio**
 - M Auditorio Manuel de Falla (1974)
 - N Carmen de los Rodríguez Acosta (1914-27)

agujereada, se consiguen condiciones de humedad e iluminación idóneas para el secado de las plantas de tabaco.

Sin embargo, las consecuencias del cambio en el sistema económico que vive el país a mediados del siglo pasado generarían una gran brecha entre las dos realidades, rural y urbana, que hasta ese momento habían sido una. El crecimiento urbano hacia el este y sur, en contacto con las acequias, caminos, cortijos, alquerías y huertas históricas, y la construcción del Camino de Ronda y posteriormente de las autovías de circunvalación, acabarían por materializar un desencuentro a través de moles de viviendas pertrechadas tras vías de circulación elevadas que impiden la más mínima comunicación.

La arquitectura de la modernidad tomó parte y, fundamentalmente en las décadas de los 60 y 70, respondió a esta cuestión de borde con ejemplos de gran calidad que intentaban sacar la cabeza para respirar entre la febril actividad urbanizadora, en la que la sucesión de bloques de viviendas de 12 plantas parecía no tener fin. Será el uso educativo el que cope estas intervenciones, en la que algunos de los mejores arquitectos del momento llevaron a cabo actuaciones que servirían de costura entre dos realidades que en el fondo siempre han sido una. Lamentablemente quedaron encerradas entre las vías rápidas y las estribaciones de la ciudad hasta que su crecimiento acabó por colmar estos terrenos de nadie.

El reconocimiento de los valores arquitectónicos que materializan estas constantes relaciones de la capital granadina con su vega más cercana hace que iniciemos nuestro recorrido desde uno de los escasos núcleos industriales en los que la ciudad formaliza el aprovechamiento de su territorio. El imponente conjunto de la Azucarera de San Isidro, que fue fundada en 1901 por una cooperativa de labradores, está compuesta por varias naves industriales. Los más reputados arquitectos granadinos del primer tercio del siglo XX avalan estas construcciones singulares, levantadas según proyecto de Modesto Cendoya y ampliadas en 1920 según proyecto de Felipe Giménez Lacal. Su tipología, edificios con muros de carga y revestidos de ladrillo y cajones de piedra, guarda gran similitud entre unas naves y otras, con ciertas reminiscencias de la arquitectura industrial francesa. Cabe destacar la torre de la destilería, aún conservada y que fue montada por una empresa checoslovaca, de ahí la semejanza de su cúpula con las iglesias orientales. En marzo de 1984, con el cierre de la azucarera San Isidro, se despidió una industria que durante 102 años transformó profundamente la sociedad y la economía granadinas.

Es en este contexto en el que aparecen la fábrica de cementos Nuestra Señora de los Dolores, que en 1903 se sitúa a los pies de Sierra Elvira, o la fábrica de superfosfatos, abonos y productos químicos Carrillo, S.A., que inició su andadura en 1920 para responder a la demanda de fertilizantes que la agricultura granadina solicitaba con motivo de su desarrollo. Construido en la población granadina de Atarfe, junto a una estación ferroviaria de la línea Granada-Bobadilla según proyecto del ingeniero Ángel

Fábregas, este conjunto fabril se compone de dos grupos de edificios construidos en diferentes épocas con espacios muy diversos y complejos, dada la diversificación y especialización de las tareas allí realizadas. Este interesante ejemplo de arqueología industrial andaluza está construido con fábrica de ladrillo en celosía, muy liviana y ventilada en su exterior, facilitando así la salida de gases; contrasta, sin embargo, con sus espacios interiores, que recuerdan a grandes espacios religiosos en su disposición en altura, en los que la estructura de hormigón armado se muestra desnuda y robusta, necesaria para soportar las grandes cargas y tensiones de la maquinaria que allí se aloja.

Junto a estos grandes complejos industriales, la estrategia de colonización de la vega de Granada para su aprovechamiento agrícola pasaba también por la construcción de nuevos asentamientos distribuidos por el territorio y que se materializan, a mitad de siglo, en los poblados de colonización, laboratorios de arquitectura en los que tradición y modernidad se unen para dar forma a conjuntos, en muchos casos, de innegable valor arquitectónico. Tras el enorme seísmo que en 1956 tuvo lugar en Granada, el Instituto Nacional de Colonización, a petición del Ayuntamiento de Albolote, y según proyecto de José García-Nieto Gascón y Enrique Sánchez Sanz, construyó en 1957 un nuevo poblado cuya relación "agro-urbana", proyectada originalmente, se sigue manteniendo hoy en día. El poblado de El Chaparral se sitúa junto al margen de la actual autovía Granada-Madrid, desde la que el conjunto se presenta al visitante gracias a sus elementos más representativos y simbólicos, iglesia y campanario, tratados por artistas plásticos en trabajos de pintura y vidriería, y que marcan el espacio más singular del pueblo, en el que también se situó un centro cívico, otro de administración y pequeños locales destinados a comercios y talleres de artesanía. Entre las diferentes configuraciones de parcela, destaca la compuesta por vivienda, una cuadra para albergar los animales de carga o ganado y granero o taller, todo alrededor de un patio que le aportaba luz y habitabilidad; parcelas comunicadas por vías interiores diseñadas para potenciar las mejores perspectivas, dentro de la sencillez de formas, texturas, materiales y tipologías del nuevo conjunto. Al norte del poblado, en una zona destinada a la ampliación del mismo, se construyó más tarde un conjunto de veinte secaderos de tabaco, cuya tipología de uso específico de la vega de Granada y su singularidad constructiva le otorgan un valor paisajístico y arquitectónico de primer orden.

Mención aparte merece este tipo de construcciones, los secaderos de tabaco, que comienzan a aparecer diseminados por las zonas agrícolas granadinas sobre todo a partir de los años 50, cuando el cultivo de tabaco en la vega de Granada adquiere una vital importancia. Una de las características más singulares de estos elementos es precisamente el uso de materiales no específicamente relacionados con el mundo de la construcción, reciclando materiales de todo tipo para cerrar y sustentar el secadero. Cabe destacar el levantado allá por los años 70 en la población de Purchil, un núcleo ubicado entre tierras de cultivo y en el que este



Azucarera San Isidro. Foto: Alberto García y David Arredondo
Poblado de colonización de El Chaparral. Foto: Alberto García y David Arredondo

Fábrica de abonos Carrillo. Foto: Alberto García y David Arredondo
Secadero de tabaco en Purchil. Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH



1. Secadero en las proximidades de Belicena (Vegas del Genil) rodeado de choperas
2. Secadero construido con tablas en plena Vega de Granada en las proximidades de Belicena (Vegas del Genil)
3. Secaderos de palos en Chauchina



4. Secadero de tabaco de ladrillo y madera de 1953 en Belicena (Vegas del Genil), actualmente es un Centro de Interpretación de la Vega de Granada

5. Secadero de tabaco de ladrillo y madera en Santa Fe al inicio de la carretera a Chimeneas

6. Secadero de palos en Santa Fe

Fotos: Juan Carlos Cazalla, IAPH



Escuela de Maestría Industrial. Foto: Alberto García y David Arredondo



Carmen de los Rodríguez Acosta Foto: Alberto García y David Arredondo

tipo de construcciones forma parte fundamental del paisaje. Este secadero, posiblemente el de mayores dimensiones construido en la vega de Granada con veintiún pórticos de dos vanos cada uno, presenta una magnífica ejecución y unas soluciones constructivas que incorporan el ladrillo *gafa* para el cerramiento ventilado y las vigas de hormigón en su ejecución, lo que le otorga una robustez poco usual en este tipo de construcciones y lo que probablemente haya propiciado su mantenimiento hasta nuestros días. Este secadero se construye cuando las técnicas constructivas en este tipo de construcciones se habían perfeccionado y modernizado, tras más de veinte años desde que se iniciara el cultivo del tabaco, aunque todavía se conservan en él ciertas reminiscencias de las anteriores, como el uso del ladrillo viejo como cerramiento ventilado. Entre cada uno de los pilares de ladrillo se levanta un cerramiento compuesto por una celosía de ladrillos hechos a mano que forman una retícula de huecos rectangulares por los que se produce, además de la necesaria ventilación cruzada para el curado del tabaco, un efecto de iluminación interior de excepcional belleza y contemporaneidad arquitectónica. A pesar de ello, este



Auditorio Manuel de Falla. Foto: Alberto García y David Arredondo



Instituto San Martín de Porres. Foto: Alberto García y David Arredondo
 Instituto Juan XXIII. Foto: Alberto García y David Arredondo

tipo de ejecución en los secaderos, incluso en la época tardía, no es muy usual en la vega de Granada, puesto que su construcción era mucho más costosa.

Es en esta época en la que ya se ha consumado el mencionado desencuentro entre ciudad y vega y en la que tímidos aunque valiosos ejemplos de arquitectura moderna reaccionan en un intento de conciliar estas dos realidades. Varias décadas antes, la compañía CAMPSA lo anticipa con su singular edificio de oficinas diseñado en 1932 por un técnico de la empresa, siendo de enorme importancia en la historia de la arquitectura moderna granadina, ya que presenta por primera vez en la ciudad algunas de las directrices y rasgos (necesariamente experimentales) del Movimiento Moderno, especialmente en su concepción formal, recordando a la metáfora de Le Corbusier sobre la vivienda como transatlántico.

Esta intervención da el pistoletazo de salida a la carrera que la arquitectura moderna granadina emprende para responder a esta cuestión de borde con modelos de gran valor que copan el uso

docente como tipología más recurrente. Ejemplos de algunos de los mejores arquitectos del momento materializan esta relación de contacto entre ciudad y vega. Es el caso de Carlos Pfeifer de Formica-Corsi, que entre finales de los 50 y principios de los 60 proyecta dos edificios de valor arquitectónico singular, como el colegio del Sindicato Español Universitario (S.E.U.) (1958) y la escuela de Maestría Industrial (1962), ambos situados en la llamada Barriada de la Juventud. Un ejemplo más, el complejo religioso de Regina Mundi (1969) completa la magnífica aportación de este arquitecto granadino como respuesta al complejo ámbito de borde. Tres ejemplos en los que el autor combina su investigación acerca del uso de nuevos materiales de la época con las técnicas constructivas más innovadoras, introduciendo los parámetros arquitectónicos que la modernidad dictaba, resolviéndolos de manera pulcra, técnicamente avanzada, sin ornamentos ni añadidos innecesarios.

Esta línea arquitectónica nos sitúa en otro ejemplo, esta vez en el área metropolitana de la capital granadina, en un entorno en



Panorámica desde el carril de la Lona. Foto: Alberto García y David Arredondo



Panorámica de la vega cercana a Granada. Foto: Alberto García y David Arredondo

el que agricultura y arquitectura se funden en la obra del religioso Fray Coello de Portugal, que en 1962 proyecta su convento-casa de formación para los frailes estudiantes de los Dominicos de la Provincia Bética. En un contexto en el que una extraordinaria generación de arquitectos (Fernández del Amo, Sáenz de Oiza, etc.) y artistas plásticos (Oteiza, Subirachs, etc.) propiciaron un ámbito de debate interdisciplinar en el que se desarrolló este tipo de arquitectura sacra; el Centro de Formación San Martín de Porres, compuesto por grandes bloques de hormigón visto en unos casos y revestidos de gres blanco en otros, es un ejemplo cercano aunque desconocido, muy en la trayectoria que Fray Coello mantuvo tan coherentemente a lo largo de su producción arquitectónica.

En el mismo espacio de contacto entre ambas realidades, la urbana y la rural, aparecen en 1964 dos intervenciones, prácticamente gemelas, que se enmarcan en la producción granadina del

excepcional arquitecto José María García de Paredes. Se trata de los edificios destinados a centros de formación Juan XXII, uno en el barrio de la Chana y otro en el del Zaidín, nuevos polos de crecimiento en la ciudad del desarrollismo. Estos dos ejemplos, muy similares entre sí, comparten su relación directa con el entorno de vega sobre el que originalmente se asentaron y que se manifiesta en su singular sección, en la que los espacios se escalonan de manera decreciente para conseguir orientación y soleamiento óptimos en las diferentes aulas y una circulación mínima. Ambos edificios resumen de manera eficaz los parámetros propios de la arquitectura moderna: claridad y orden conceptual y estructural, riqueza espacial a la vez que austeridad de materiales.

García de Paredes participa con su obra de las diferentes relaciones que la ciudad formaliza con su vega. El auditorio Manuel de Falla, magnífico edificio proyectado en 1974, materializa uno de los lazos, el visual, que las zonas altas de la ciudad establecen



constantemente con su entorno agrícola. Levantado frente a la colina de la Alhambra, en el lado sur, el auditorio se compone de un conjunto de volúmenes bien definidos y diferenciados, preocupados de integrarse sensiblemente en el paisaje en un ejercicio de tacto y valentía. La concepción del espacio interior del edificio, en el que la orquesta se sitúa en el centro, se expresa al exterior en dos volúmenes separados por un pequeño pasillo-mirador, desde el que se domina el territorio que recurrentemente abraza a la ciudad.

Este modo de diálogo visual con la vega tiene su ejemplo más significativo en una de las tipologías domésticas más características de la ciudad. El carmen de los Rodríguez Acosta es una obra de excepcional importancia, tanto por la teoría que propone como por su resultado último y concreto, mezclando de manera excepcional arquitectura y jardín. Construido entre 1914 y 1927 según la concepción del pintor José María Rodrí-

guez Acosta, en este conjunto de volúmenes prismáticos blancos se entremezclan diferentes estilos y épocas, a pesar de lo cual se consigue un resultado unitario y depurado, gracias al empleo de un lenguaje racionalista.

Este recorrido por el patrimonio arquitectónico contemporáneo de la vega cercana de Granada refleja excepcionales ejemplos de materialización de las relaciones de la ciudad con su territorio que no son, sin embargo, práctica actual común a la hora de intervenir sobre él. La banalización de este paisaje ha ido en aumento en las últimas décadas con la sucesiva pérdida de presencia de la actividad agrícola y la conversión en un espacio suburbano. La recuperación y puesta en valor de este territorio patrimonial va más allá de la arquitectura y requiere, evidentemente, de la intervención de otros muchos factores pero, cuanto menos, la protección, conservación y difusión de esta arquitectura contribuye a la consideración patrimonial de este territorio.